

CORREO DE MADRID

DEL SABADO 7 DE MARZO DE 1789.

Carta 11. Del mismo al mismo.

Las noticias que hemos tenido hasta ahora en Marruecos de la ociosidad, ó vida social de los Españoles, nos parecia muy buena por ser muy semejante aquella á la nuestra, y ser natural en un hombre graduar por esta regla el merito de los otros. Las mugeres guardadas baxo muchas llaves, las conversaciones de los hombres entre sí muy reservadas, el porte muy sério, las concurrencias pocas, y esas sujetas á una etiqueta forzosa, y otras costumbres de este tenor, no eran tanto efectos de su clima, religion y gobierno, segun quieren algunos, como monumentos de nuestro antiguo dominio. En ella se ven permanecer reliquias de nuestro señorío, aun mas que en los edificios que subsisten en Cordoba, Granada, Toledo y otras partes. Pero la frecuencia en el trato de estos alegres nietos de aquellos graves abuelos, han introducido cierta amistad universal entre todos los ciudadanos de un pueblo, y para los forasteros cierta hospitalidad tan generosa que en comparacion de la antigua España, la moderna es una familia comun, en que son parientes no solo todos los Españoles, sino todos los hombres. En lugar de aquellos cumplidos cortos que se decian las pocas veces que se hablaban, y eso de paso, y sin detenerse si venian encontrados; en lugar de aquellas reverencias pausadas y calculadas, segun á quien, por quien, y delante de quien se hacian; en lugar de aquellas visitas de ceremonia, que se pagaban con tales y tales motivos; en lugar de todo esto, ha sobrevenido un torbellino de visitas diarias, continuas reverencias impracticables á quien no tenga el cuerpo de gones, estrechos abrazos, y continuas ex-

presiones amistosas, tan largas de recitar que uno como yo poco acostumbrado á ellas, necesita tomar cinco ó seis veces aliento antes de llegar al fin: bien es verdad que para evitar este ultimo inconveniente (que lo es hasta para los mas prácticos) se suele tomar el medio termino de pronunciar entre dientes la mitad de estas arengas, no sin mucho peligro de que el sugeto cumplimentado reciba injurias, en vez de lisonjas de parte del cumplimentador.

Nuño me llevó á noche á una tertulia (asi se llaman cierto número de personas que concurren con frecuencia á una conversacion) presentome al ama de la casa, porque has de saber que los amos no hacen papel en ellas: Señora, dixo, este es un Moro noble, qualidad que basta para que le admitais; y honrado, prenda suficiente para que yo le estime: desea conocer á España, me he encargado de procurarle todos los medios para ello, y lo presento á toda esta amable tertulia. (lo que dixo mirando por toda la sala) La señora me hizo un cumplido de los que acabo de referir, y repitieron otros iguales los concurrentes de uno y otro sexo: aquella primer noche causó un poco de estrañeza mi modo de llevar el traje europeo, y conversacion: pero al cavo de otras tres, ó quatro noches, les era yo á todos tan familiar, como qualquiera de ellos mismos: algunos de los tertulianos me visitaron en mi posada, y las tertulianas me embiaron á cumplimentar sobre mi llegada á esta Corte, y á ofrecerme sus casas: me hablaron en los paseos, y me recibieron sin susto quando fui á cumplir con la obligacion de visitarlas. Los maridos viven naturalmente en barrio distinto de las mugeres, porque en las casas de estas no hallé mas

hombres, que los criados, y otros como yo que iban de visita. Los que encontré en la calle, ó en la tertulia á la segunda vez ya eran amigos míos, á la tercera ya la amistad era antigua, á la quarta ya se habia olvidado la fecha, y á la quinta me entraba y salia por todas partes sin que me hablase alma viviente, ni siquiera el portero, el qual con la gravedad de su bandoleira y baston, no tenia por conveniente dexar su braseron, y garita por tan frivolo motivo como lo era entrarse un Moro por la casa de un christiano.

Aun mas que con este exemplo se comprueba la franqueza de los Españoles de este siglo con la relacion de las mesas continuamente dispuestas en Madrid para quantos se quieran sentar á comer: la primera vez que me hallé en una de ellas conducido por Nuño, creí estar en alguna posada publica, segun la libertad, aunque tanto la desmentia la magnificencia de su aparato, la delicadeza de su comida, y lo ilustre de la compañía. Díxelo así á mi amigo, magniféstandole la confusion en que me hallaba, y el conociéngola, y sonriendose me dixo: el amo de esta casa es uno de los mayores hombres de la Monarquía: importará doscientos pesos todos los años lo que él mismo come, y gasta cien mil en su mesa: otros están en el mismo pie; y él y ellos son vasallos que dan lustre á la corte, y solo son inferiores al Soberano, á quien sirven con tanta lealtad como esplendor. Quedéme absorto, como tu quedarías, si presenciáras lo que lees en esta carta.

Todo esto sin duda es muy bueno, porque contribuye á hacer al hombre cada dia mas sociable. El continuo trato y franqueza descubre mutuamente los corazones de los unos á los otros; hace que se comuniquen las especies, y se unan las voluntades. Así se lo estaba diciendo á Nuño, quando noté que oia con mucha frialdad lo que yo ponderaba con fervor; pero qual me sorprendió quando le oí lo siguiente! todas las cosas son buenas por un lado, y malas por otro, como las me-

dallas que tienen anverso y reverso; esta libertad en el trato que tanto te hechiza es como la rosa que tiene espinas muy cerca del capullo; sin aprobar la demasiada rigidez del siglo 16 no puedo tampoco conceder tantas ventajas á la libertad moderna. ¿Cuentas por nada la molestia que sufre el que quiere, por exemplo pasearse solo una tarde por distraerse de algun sentimiento, ó por reflexionar sobre algo que le importe; (conveniencia que lograria en lo antiguo solo con pasarse de largo, sin hablar á los amigos) y mediantes esta franqueza que alabas, se halla rodeado de importunos que le asaltan con mil insultos sobre el tiempo que hace, los coches que hay en el paseo, color de la bata de tal Dama, gusto de librea de tal Señor, y otras semejantes? ¿Parecete poca incomodidad la que padece el que tenia ánimo de encerrarse en su quarto un dia para poner en orden sus cosas domesticas, ó entregarse á una lectura que le haga mejor ó mas sabio (lo qual tambien conseguiria en lo antiguo, á no ser el dia de su santo, ó cumple años, y en el metodo de hoy se halla con cinco ó seis visitas sucesivas de gentes ociosas que nada le importan, y que solo lo hacen por no perder, por falta de exercitajo, el sublime privilegio de entrar y salir por qualquier parte sin motivo ni intencion? Si queremos alzar un poco el discurso ¿eres pequeño inconveniente, nacido de esta libertad, el que un ministro con la cabeza llena de negocios arduos, tenga que exponerse digamoslo así, á las especulaciones de veinte desocupados, ó tal vez espías, que con motivo de la mesa franca van á visitarle á la hora de comer, y observar de qué plato come, de qué vino bebe, con qual comidado se familiariza, con qual habla mucho, con qual nada, á quien en secreto, á quien á voces, á quien pone mala cara á quien buena, á quien mediana? piénsalo; reflexionalo y veris. La falta de etiqueta en el actual trato de las mugeres, tambien me parece asunto de poca controversia; sino has olvidado la conversacion que tuviste con una Seño-

ra de no menos juicio que virtud, podrías inferir que redundaba en honor de su sexo la antigua austeridad del nuestro, aunque sobrase, como no lo dudo, algo de aquel teson de cuyo extremo nos hemos precipitado rápidamente en el otro. No puedo menos de acordarme de la pintura que oí hacer muchas veces á mi abuelo, de sus amores, galanteo y boda con la que fue mi abuela. Algun poco de rigor tuvo por cierto en toda la empresa; pero no hubo parte de ella que no fuese un verdadero crisol de la virtud de la Dama, del valor del galán, y del honor de ambos. La casualidad de concurrir á un sarao en Burgos, la conducta de mi abuelo enamorado desde aquel punto, el modo de introducir la conversacion, el declarar su amor á la dama, la respuesta de ella, y el modo de experimentar la pasion del caballero, (y aqui se complacia el buen viejo, contando los torneos, fiestas, musicas, los desafíos y tres campañas que hizo contra los Moros por servirle, y acreditar su constancia) el modo de permitir ella que se la pidiese á sus padres, las diligencias practicadas entre las dos familias, no obstante la conexion que habia entre ellas, y en fin todos los pasos hasta lograr el deseado fin indicaban merecerse mutuamente los novios. Por cierto, decia mi abuelo, poniendose sumamente grave, que estuvo á pique de descomponerse la boda por la casualidad de haberse encontrado en la misma calle, aunque á mucha distancia de la casa, una mañana de San Juan no sé que escalera de cuerda, varios pedazos de guitarra, media linternas al parecer de alguna ronda, y otras varias reliquias de una quimera que habia habido la noche anterior, y habia causado no pequeño escandalo, hasta que se averiguó haber procedido todo este desorden de una cuadrilla de capitanes mozalvetes recién venidos de Flandes que se juntaban aquellas noches en una casa de juego del barrio, en la que vivia una famosa Dama cortesana.

Carta 12. Del mismo al mismo.

En Marruecos no tenemos idea de

lo que por acá se llama nobleza hereditaria. Con que no me entenderias si te dices que en España no solo hay familias nobles, sino provincias que lo son por heredad. Yo mismo, que lo estoy presenciando, no lo comprendo; te pondré un exemplo práctico, y lo entenderás mejor, como me sucede, y si no lee.

Pocos dias ha pregunté si estaba el coche pronto pues mi amigo Nuño estaba malo, y yo queria visitarle: me dixeran que no. Al cabo de media hora hice igual pregunta, y hallé igual respuesta; pasada otra media pregunté y me respondieron lo propio, y de alli á poco me dixeran que el coche estaba puesto, pero que el cochero estaba ocupado; indagué la ocupacion al baxar las escaleras, y él mismo me desengañó salíendome al encuentro, y diciendome: *Aunque soy cochero, soy noble; han venido unos vasallos míos, y me han querido besar la mano para llegar este consuelo á sus casas; con que por esto me he detenido; pero ya despaché rapidamente de vamo? y al decir esto montó en la mula, y arrimó el coche.*

Respuesta á la carta inserta en los Diarios de 8 y 9 de Febrero.

La mas mala rueda del carro es la que siempre mete mas ruido.....

Horac. cap... Lib... §... Pág...

Señores Diaristas; pueden Vns. jactarse, de que entre los muchos beneficios que disfruta el público, con la lectura de su periódico, no tiene exenplo el que yo acabo de recibir. Ya se acordarán Vms. que se me dispuso la gracia de imprimir en su papel una carta en los dias 25 y 26 de Enero de este año. Tambien tendrán Vms. presente que pretendian responder á ella por el mismo conducto en los dias 8 y 9 de Febrero. Ba éste, para mi feltz papel, mes y año, he aprendido de Horacio, que para criticar discursos de albeiteria se ha de hacer por partes, ó sino por escenas; y así quiero hacerlo de aqui en adelante. Escupome las manos, y aunque sin erudicion, encaja la primera escena.

Las personas que hablan en ella son L. B. y acompañamiento y B. R.

L. B. ¿Por qué no se tuvo presente aquella ley que estableció Horacio al tiempo que se criticó el discurso de Albeitero? B. R. Vm. se chanea ¿cómo puede tener la presente, sino se leer mas que el castellano? Por oídas me consta que el castellano es un idioma que no conozco, por lo qual extraño que Vm. se roze con él. L. B. Si yo no me rozo con él, alguno se roza con quien me rozo; y esto no es del caso, y si el que Vm. no ha contestado á la primera parte del discurso crítico, habiendose expuesto á defender la segunda con débiles fundamentos, por lo qual no sacará el público de su carta ningun beneficio, ni erudicion, pues la primera escena de ella ruéda sobre si son ó no son nobles los Albeitares; sobre si aquel Excelentísimo::: B. R. Detente lengua porque si te dexo correr, creo me vuelvas á dar con Horacio en los vigotes; y puesto que á Vm. le parece que no satisface á la primera parte, seria porque entonces no entendia de escenas, y sin embargo de que Vm. dice que son débiles los fundamentos con que se sostiene la segunda ¿quién creera que Vm. tiene razon, no exponiendo nada en contra? En quanto á lo demas remito á mi carta, en la que se verá, que ni hablo de nobleza, ni lo pienso, solo pruebo en ella que la Pragmática-Sancion fue concedida á peticion de los Albeitares de esta Corte, y no á instancia del señor Duque de Huescar, como que tampoco este Excelentísimo pensó en establecer escuela veterinaria; y el motivo que tuve para esto fue ver que el discus-

so crítico solo hablaba de memoria. L. B. Todo eso puede ser, pero yo soy amante de producir la sustancia, y con la mayor veneracion digo que un colegio veterinario en Madrid, formado como Vm. dice, es un error que se presenta de vulto. B. R. Así me gustan los hombres; que produzcan sustancia, pero falta que se diga, quanta dan sus producciones de Vm. metidas en prensa. Dexando esto aparte, ¿no es verdad que soy un mentecato en haber presentado un error de vulto, pudiendo haberle hecho, que ni pintado, como Vm. los hace? Ya no tiene remedio; pasemos á otra cosa; ¿quién sino el autor de la carta del dia 8 se atreveria á decir, que mientras el ganado está en la dehesa padece de veinte enfermedades, diez y nueve menos que el sometido al trabajo? Vuelva Vm. en sí, y consulte lo que varios naturalistas dicen de los caballos silvestres de América. (a) La sugesion y la variedad de alimentos que el hombre da á los brutos, bastará para destruir mayor cantidad de ellos, que la libertad, la intemperie y el alimento que pacen, por ser todo mas análogo á su naturaleza. Afíadese á esto, la variedad de trabajos á que los sometemos, el paso repentino del calor al frio &c. y se verá resultan infinitas enfermedades de que está esento el ganado en la dehesa: aun en medio de algunas de estas penurias, se observa padecen menos dolencias las mulas de labor, las de collera y los burros, no por otra razon que la de la mayor libertad, pero de ninguna manera son tan pocas en número como las del ganado libre en el campo. Si esto no basta, contaré las enfermedades

(a) En quanto á potros digo que aunque hasta ahora ninguno ha prescrito el tiempo fijo que deben mamar, ni tampoco al que se deben atar, supongamos que los destetan á los siete meses y que los atan á los quatro años. En el primer caso, todos saben que es una epoca, en que el bruto, si por casualidad padece algo, es la leche su unico remedio; y en el segundo, á todos consta que sus males son infinitamente menos en número que despues de atados. Prescindiendo de esto zen quatro años han de padecer mas enfermedades que en los once restantes de su vida regulandola hasta los quince? El que los malos años nos priven de infinitos potros, no es causa esta que la pueda remediar un albeitar mejor que un gaudero; y si porque una ú otra vez sobreviene una epidemia ha de estar en expectativa una congregacion de hombres, olvidandose de lo esencial de la Veterinaria, ya ve Vm. que esto seria el colmo de la ridiculie.

del ganado desde el tiempo en que se ata hasta su fin, y Vm. contará las que le acometen desde que nace hasta que le sujetan; bien que mirando los autores de albeiteria quedará qualquiera convencido de lo que digo. Muy al contrario de lo que se dice en esta escena sucede en los animales, y es, que varias dolencias, de que estarian enteramente esentos en la libertad, aparecen en la sugestion; sin que por esto se crea que no dexan de enfermar de aquellas que Vm. cree son peculiares al tiempo en que maman. L. B. Vm. cuenta á su modo sin atender á que un animal perfecto resiste más á las causas externas, y tiene mas disposicion para corregir en él qualquiera vicio de sus humores. B. R. Lo del animal perfecto; será querer decir hecho, lo entiendo; pero reparo en que supone Vm. á los brutos de cierta edad, una resistencia que se opone á la invasion de ciertos males, sin advertir que esta misma resistencia es causa, no solo de que las enfermedades se agraven, sino que impide á la naturaleza de sacudirse del enemigo. L. B. Esas son fruslerias, pero ya ve Vm. que tambien confieso, no obstante el resto de mi carta, que en Madrid puede enseñarse con plenitud la teorica, porque en esta facultad, y en la medicina, y cirugia humana importan poco las puras especulaciones, y lo que es más la práctica acomodada á sólidas experiencias. B. R. Para que yo satisfaga á Vm. en este asunto, necesito saber, que diferencia halla entre la teorica y la especulativa, porque creo que son sinonimos estos dos terminos, y si lo son nada dice. El resto de esta escena, no lo comprendo ni adivino, puede ser dependa de algun yerro de imprenta. L. B. No es error de imprenta, sino que Vm. se hace desentendido: quiero decirle que ningún contagio se parece á otro, por lo que es necesario hacer comparacion de caso á caso, y no de especie á especie; y esto solo puede lograrse estando sobre el terreno donde se padecen; de esto debe inferirse que un colegio en Madrid con todos sus maestros, no podian liberar la epidemia, y lo hace con mucha

facilidad la simple observacion de un Albeitar de un lugar. B. R. como no es Vm. Albeitar, sino un mero aficionado, se le perdona quanto ensarta; dé caso á caso y de especie á especie; pero si fuera tan estrecho este papel, hablaríamos sobre este asunto. Las epidemias, da Vm. á entender, solo pueden combatirlas poniendo colegios en donde puedan observarse; no es esto? siendo así ¿quántas escuelas habria que poner en España? L. B. Luego lo digo en mi carta, y en caso que mi plan no sirva, debe ponerse en Cordoba, y no en Madrid. B. R. Está bien; mas quién asegura que en Madrid no hay mas enfermedades contagiosas que en Cordoba? y en quanto á las epidemias (que de una á otra hay notable diferencia, y no sé si Vm. la conoce) ¿que reheneas da que aseguren no pueden aparecer en Madrid, tan bien como en Cordoba? En quanto á lo demas, ya ve Vm. que si un Albeitar de un lugar cura, como dice, las epidemias, en Cordoba habrá albeitares; pero me temo que Vm. ha visto pocas epidemias. L. B. Si he visto ó no epidemias lo reservo para mejor ocasion, y sería un necio en dar cuenta á Vm. de esto; mas reflexione sobre lo siguiente; con cinco escuelas, cinco maestros repartidos en cinco provincias que abundasen en cria de ganados, ¿no serian mas distintos y superiores los conocimientos que se adquiriesen? ya ve Vm. que al comedio de esta escena hablo de suelos, de climas, de pastos, de aguas, del ayre, de abrebaderos, de escasez, de calamidades, de vicios del alimento &c., y esto no se sabe, así como quiera. B. R. Si á los tres cinco, añade Vm. cinco discipulos en cada escuela, y cinco años de estudio, habria formado las quinias de la albeiteria; pero dígame por su vida ¿adónde va á parar con sus cinco escuelas, quando para formar una andamos á tres menos quartillo? Soy con Vm., no en poner cinco, sino mil, pero deme quien las desempeñe; y si para esto nombrales que curan las epidemias con la facilidad que dice, no son de mi aprobacion, ni creo lo sean de la de ninguno.

L. B. Vm. está preocupado con su modo de pensar; y yo lo estoy con el mio, mas á buena cuenta ya tengo expuesto á los pies del trono las ventajás que tiene mi plan sobre el de Vm.; y hágo ver que la escuela en la Corte no tiene otra superioridad sobre mis quinas, que el hacer esqueletos; y embalsamar paxaros para embobar al comun de las gentes. B. R. No ha faltado quien ha dicho al leer la carta de Vm. este Albeitar no razona tambien quisieron interpretar este pasage sinléstramente, pero volvi á repetir que aunque Vm. se firma del moio que lo hace, no era Albeitar ni aun herrador, y solo si un buen patriota; desinteresado; amante del proximo, que solo le movia á comunicár á sus semejantes las luces que posee. A fe, replicó uno, que si fuera el que se firma, ya ha dado pruebas de que sus conocimientos no salen de la esfera de una practica impirica y tradicional, porque á la verdad; qué se ha de pensar de un hombre que quiere ridiculizar lo que no entiende; quiere que el hacer esqueletos embove á los tontos, lo que no es facil en la era presente; pero cree el señor L. B. que en sus escritos lo ha conseguido? desengañese, porque el mas negado comprehende muy bien el mérito de sus tareas. Aquí le hice callar, sigamos nosotros nuestra conversacion. Si al hacer esqueletos se sigue, como es consiguiente, todo lo demas que corresponde á la anatomia comparada, me parece que este es el verdadero abecedario para aprehender la Veterinaria. L. B. Ya he dicho que todas esas son fruslerías que nada valen para curar. B. R. En ese supuesto; es inútil conservar en los gabinetes de historia natural y de anatomia, piezas que continuamente enseñen al hombre lo que debe aprehender; que le refresquen las especies que pueda tener remotas; que le manifiesten la estructura de las partes sanas; y muchas enfermedades que sin aquel testigo no podria curar; que le hacen patente los juguetes y mostruosidades de la naturaleza, y finalmente son el libro menos falido que se conoce; pero que no lo tenemos; aun en el ramo de Veteri-

naria. L. B. ¿todo eso cura? no; se ha curado en España sin esas circunstancias; si: pues atengome á la antigua costumbre. B. R. Verdaderamente merecian estas objeciones y pensamientos, ser tratado sin indulgencia; pues tacitamente prueban que es suficiente la simple practica para formar un perfecto Albeitar. ¿Pero qué practica pbara ser aquella que no recaiga sobre principios luminosos? La del señor L. B. sin duda, ya ve Vm. que este modo de pensar no conviene con lo que Vm. ha dicho de que ningun contagio se parece á otro, y que debe hacerse una diferencia de caso á caso; lo qual solo puede apreciar el que tenga un fondo de luces, que en manera alguna suministra la practica ni los recetones coronados con el epitecto de especificos. L. B. Toda mi vida he oido decir que la experiencia es madre de la ciencia; pero pasando á otra cosa, digo, que en la comparacion que Vm. hace del Geografo, para revatir mi opinion la veo apoyada por Vm., y lo pruebo en mi carta. B. R. Es verdad que la experiencia es madre de la ciencia, pero sin esta última es cero, á no ser que se me diga que la abuja se enebra por el ojo sin necesidad de saber leer, y que el pastor hace migas sin estudiar el arte de cocina. Tan cierto es el que yo apoyo la proposicion de Vm. en la comparacion que hago del Geografo, como el que Vm. haya comprendido este pasage; bien que no es de ahora este modo de leer. L. B. Puede que haya leydo mal, mas respondaseme al ultimo párrafo. Todo establecimiento debe llevar dos objetos, la utilidad del publico, y la economia. B. R. estoy al cabo de la calle; en suma, se me quiere decir en esta grande escena, que segun mi plan, seria costosísima una escuela, y que se me dice por gracia particular, que de los dos puntos que Vm. señala solo falto al de la economia, y que siguiéndolo el dictamen de Vm. se reúnen los dos; pero cómo averiguaremos si la equidad que Vm. hace, consiste en el genero ó en la medida? porque muchas veces lo barato es caro; y quién le dice á Vm. que aun siendo costoso mi proyecto está esento de economia? Tam-

bien dice Vm. demos por concedido que se encuentre edificio competente para el colegio; por esto habria quien se sujetase á ir á tal estudio en Madrid? Lease mi carta á luz de candil, y se verá que confieso que no, pero al mismo tiempo digo que nuestra desidia se podia vencer imitando al colegio de cirugía de Cádiz, es decir, que los colegiales viviesen en recolección: y si en esta hay dificultades para hacer estudiar la juventud, cuántas presentarían las cinco escuelas conforme Vm. las quiere? preveo que Vm. todo lo remediaría formándolas de sexagenarios.

Esto es lo que siente B. R. sin la que Vm. le añade y promete todo lo contrario que Vm. y es, no volver á contestar á semejantes malandrinas.

Señores Diaristas, acabada esta carta me pidieron añádese la siguiente

P. D. Se desea hablar al autor de la carta impresa en los Diarios 8 y 9 de Febrero, pues no obstante las señas tan poco equívocas con que se firma, no ha sido dable hallarle; se suplica ponga para otra vez las señas mas claras, y si puede ser su retrato, pues en ello se recibirá merced.

Las pasiones de los hombres son las que causan mayores estragos, no solo á los mismos hombres en particular, sino tambien á todo el mundo en general.

El fiero encono de los Romanos con los Cartagineses, les llevó al extremo de quererlos acreditar de barbaros, causando irreparables daños á todo el Universo. Esta acción será para los Romanos el mas feo borrón, que no podrán quitarse jamás, por mas que sus apolo-gistas nos presenten la delicadeza de su arquitectura, el buen gusto en las pinturas, la aplicación á la agricultura, la elocuencia de sus discursos &c. porque las mas de estas facultades con mucha mas propiedad y ventajas las poseían los Cartagineses, de cuya lengua y literatura haré la siguiente pintura.

Los Cartagineses hablaban la misma lengua que los Tiro-s; y estos la propia que los Cananeos é Israelitas, esto es la hebrea, ó al menos una lengua derivada

del todo de esta. Sus nombres tenían por lo común una significación particular. Hannon significa *gracioso*, *bien hecho*; Dido, *amable*, ó *bien amado*; Sofonisbe, *ella guardará bien el secreto de su esposo*. Se complacian tambien por un espíritu de Religion en comprender el nombre de Dios en los suyos, según el carácter de los Hebreos. Anibal, que corresponde á Atanias, significa *Baal* (ó *el Señor*) *me ha hecho gracia*. Asdrubal que corresponde á Azarias, significa *el Señor será nuestro amparo*. Tambien hay otros nombres como Adherebal, Maharbal, Masianbal &c. y la voz *Poeni*, de la que viene *púnica*, que es lo mismo que *púnicus*, ó Fenicio, porque eran originarios de la Fenicia. En el *Penulus* de Plauto se halla en lengua púnica una escena, que ha exercitado mucho á los sabios.

La poca familiaridad de los antiguos en la lengua y caracteres punicos, la indiferencia de los Griegos, y el encono de los Romanos, han hecho perecer las obras de los Cartagineses, sin que se haya podido libertar una de la proscripción general, perdida muy considerable para la posteridad, que con los monumentos de la literatura y de la historia Cartaginesa, estaria instruida del estado del Africa interior, del de la antigua España, y del de una infinidad de hechos desconocidos por los Griegos limitados en sí mismos, que demasiados superficiales para profundizar, estaban no poco envanecidos de la superioridad que tenían en las artes, y de la que pretendían en las ciencias, para dexar de negar lo que ignoraban.

Dodvvall pretende que los Griegos y los Romanos, menos opuestos en sus relaciones sobre la época de Cartago, y menos contradictorios en las pinturas que nos ofrecen sus historias si los Cartagineses hubiesen tenido mas cuidado en conservar sus anales. Y continúa afirmando que los Cartagineses carecieron en todos tiempos de archivos, y de escritores dignos de fé. Pero estas son consecuencias que jamás adoptará un crítico imparcial. De esta diversidad de opiniones

se infiere, que ó los Romanos y Griegos, ó sus escritores, no conocian los pocos monumentos de la literatura Cartaginesa que se libertaron de las ruinas de Cartago, y que pudieron conservarse desde aquella epoca; ó que los monumentos de Cartago fueron sepultados todos entre sus ruinas, y que solo existieron el tiempo que se conservó esta.

Parece que esta reflexion no necesita probarse por la clara verdad que arroja de sí; pero un pasage que se lee en Josefo la hará mas palpable. Afirma pues este, en su tratado contra Apio, que la ciudad de Tiro, conservaba aun sus antiguos registros, que subian á muy remotos siglos. Josefo habia consultado este tesoro de antigüedades de Tiro. Las cita con frecuencia en varios lugares de su historia; y al conocimiento de estos incontestables y preciosos documentos, debemos la epoca cierta que Josefo nos ha dado de la fundacion de Cartago. No debe dudarse que los Tiro fugitivos, pobladores de esta colonia y los Cartagineses sus descendientes, fieles á las costumbres transmitidas por sus antepasados, establecieron una lei que los obligase á insertar y conservar en los archivos públicos todos los sucesos importantes.

Cartago tuvo historiadores; se admiraron en esta escritores que no se limitaron á un solo objeto; la utilidad les impulsaba con frecuencia. No me empeñaré en probar lo que tiene confesado Plinio, hablando del tratado de agricultura de Magón. Dodwel no se acordó de este pasage de Plinio, ni de los de Josefo quando nos representa á los Cartagineses como barbaros ignorantes, si quando fundado en la miserable autoridad de algunos versos de comedias trata de fabulas todas las historias de los Libios, y en particular al Periple de Ammon. Los navios de los Fenicios y Cartagineses surcaban todos los mares, quando los conocimientos de los Griegos solo se estendian á las columnas de Hercules, y al Puente-Euxino. Introducidos aquellos por su comercio en el

Egipto, en la corte de Persia, en todas las comarcas del Asia, y hasta á las Indias, podian tener de estas bastas regiones y de sus habitantes, conocimientos ciertos y curiosos, preferibles á las ideas vagas y confusas que los peregrinos Griegos formaban de aquellos paises por noticias informes, desfiguradas aun por las ficciones de sus poetas, y por los discursos de sus filosofos. Se debe no obstante confesar, que de los escritores de la antigüedad que nos ha reservado el tiempo, es á los Griegos en primer lugar, y despues á los Romanos, á quienes debe la literatura el brillante estado en que actualmente se halla. Tampoco se debe olvidar, que esto mismo es la causa de que se ignoren muchas cosas. Acostumbrados á ver por los ojos de aquellos, fiamos sobre su palabra todo lo que ellos no admitieron por verdadero; y cercenamos del número de hechos historicos todos los que ignoraron los Griegos y Romanos, sin pensar que estos no solo no estaban á la vista para poderlos saber, sino tambien que fueron demasiados vanos para tomarse el trabajo de averiguarlos.

Jamás podrá presumirse que Cartago renunciase del todo la gloria del estudio, y del saber. Masinisa hijo de un Rei poderoso que fue embiado á Cartago para ser instruido y elevado, da bastantes testimonios de que en esta ciudad brillaba una grande escuela propia para dar una excelente educacion. El grande Annibal, no ignoraba las bellas letras. Clitomaco, llamado Asdrubal en lengua púnica, es muy distinguido entre los filosofos. Sucedió á Carneades su maestro, y sostuvo en Atenas el honor de la secta academica.

Ciceron se admira del espíritu de este Cartagines, á quien halla mucho ardor para el estudio. Compuso muchos libros, en uno de los cuales consuela á los Cartagineses, que despues de la ruina de su patria, se hallaban reducidos en el miserable estado de la cautividad.